

Un Gran Hombre con sombra de árbol

Oscar Roldán-Alzate

Pocas veces se tiene la certeza de estar frente a un Gran Hombre.

Hace algo más de tres años, mientras acompañaba una investigación curatorial para la Universidad Federal de Minas Gerais, de Belo Horizonte, se me presentó uno. Lo insólito es que lo conocí a través de una serie de sus dibujos; específicamente, unos que llevan por título *La Chagra de la maloca*; un trabajo bastante atípico, fuera de lo común, distinto de lo que a un curador de arte se le atraviesa usualmente.

Ese primer momento estuvo marcado por una extraña y a la vez acogedora luz de sabiduría que emanaba de esas cuatro piezas de papel, intervenidas tan solo con tinta china de color, de tonalidades verdes. El tema: un cultivo de donde se sirven los habitantes de la espesa selva, un claro en la Amazonia que recreaba cuatro momentos de un ciclo de siembra; de ahí su nombre. Se trataba de un trabajo claramente descriptivo, narrativo, sumamente riguroso en cada detalle, saturado de datos en cada gesto y cada trazo. Era un documento de corte científico pero con la calidad y la fuerza comunicacional emancipada del arte. Mi recogimiento fue tal, que, luego de un rato, después de asimilar el descubrimiento, pensé que esa era la sensación de la luz cegadora afuera de la caverna, la del mito de Platón.

Sin ninguna información previa sobre lo que estaba contemplando, esos dibujos me enseñaron, en un santiamén, un millar de

cosas desconocidas, misteriosas, de una forma reveladora. Como bañado por un torrente nutritivo recibí una descarga fausta. Esa fue la primera vez que sentí la presencia de Don Abel Rodríguez, un taita, un abuelo indígena del Amazonas, el legatario de una inmensa tradición poco conocida y el último de los nonuya, una familia que recorrió por años tierras y aguas del *Paranaguazú*, del río Grande, el *vecino del mar*.

Un tiempo después, y gracias a otra tarea que me fue encomendada (la curaduría del 43 Salón Nacional de artistas, realizado en el año 2013 en Medellín), logré encontrar un pretexto para buscar a este ser que se me había instalado muy adentro con su particular manera de representar la realidad, una realidad que es la misma de la selva amazónica, una clara forma de conocimiento situada ente *mythos* y *logos*, entre misterios y certezas que ha recogido con el tiempo en sus dibujos, como en un vademécum, una cartografía en construcción que tiene ya muchos años de comenzada.

En esta ocasión iba a estar con él, sin mediación. La cita se acordó en Tropenbos Internacional (TBI), una agencia de estudios amazónicos con sede en Bogotá, la cual ha respaldado y dado a conocer su trabajo, al igual que el de otros creadores y portadores de la tradición de distintas etnias, en múltiples escenarios relacionados con botánica, arte y etnografía.

Mogaje Guihu, que en castellano quiere decir Pluma de Gavilán Resplandecien-



Abel Rodríguez (Mogaje Guiihu). *Chagra de un año*. 2013. Tinta sobre papel. 50 x 70 cm

te, como realmente se llama sin el apodo blanco, es un hombre reservado y vigoroso, de tres cuartos de siglo, aunque no parece tener tiempo. Lleva siempre sombrero de ala corta o gorra y usa anteojos. Parece haber nacido sonriendo, aunque es cauto y siempre escucha primero, como buen acechador. Don Abel, o *el nombrador de plantas*, como también se le conoce desde los años ochenta cuando un grupo de investigadores llegó a su territorio, sobre el Río Caceta, en un sector conocido desde tiempos de La Casa Arana como *la Chorrera*, para que él les contara sus historias ligada a las de la floresta, porta el don de la palabra, entre muchos más. Tiene el encanto y la inteligencia del buen humor que siempre le da la ventaja, algo similar a eso que llaman “malicia indígena”, con la que en un dos por tres termina por

cautivar para llevarlo a uno a su terreno. Va de cuento en cuento empatando historias cruzadas por señales, por indicios; en cada tanto, un dato preciso deja libre un mensaje profundo de desprendimiento y entrega. Estar con él es asistir a una suerte de cátedra mediada por la magia y el poder de la selva que reside en sus manos y en sus ojos, los que me reafirmaron la idea de estar frente a un ser dotado de fortuna y virtud, las dos condiciones que definen al Gran Hombre, tal cual lo describe Nicolás Maquiavelo.

Árboles de fortuna y virtud

— Todos estos son la gente, todos los que están aquí abajo y arriba, todos los que se pueden ver y los otros que no se pueden también; la gente que vive en la selva desde el principio del tiempo.

Con este comentario, referido a *El árbol de la vida*, Don Abel me presentó los animales del Amazonas, los primeros habitantes de las mismas tierras donde creció; así me habló de sus conocidos, los que considera sus prójimos.

— Es un cuanto largo — dice, cuando se le pregunta por ese mítico Árbol.

— ¿Usted tiene tiempo pa' oírlo? — pregunta.

Es un dibujo imponente. Sus trazos con plumilla más parecen filigrana que manchas o líneas. El soporte es papel común, blanqueado, con tinta china, y los mismo tonos honestos llenos de vida que le conocía. Sin duda, una de sus historias dibujadas más hermosas y logradas, por no decir que uno de los mitos fundacionales más fascinantes que una comunidad se pueda imaginar para explicar la génesis de lo que hoy conocemos.

“El mito de ese árbol es profundo y céntrico porque ese no es de este momento sino de cuando no hubo nada, cuando el tiempo y el espacio eran puros, vacíos”. Así comienza la historia, una que claramente no tiene fin, algo que se alcanza a entender después de horas de escucharlo. De esta manera va narrando el origen de todo, incluso del mismo río Amazonas, como contando un cuento que se expande y se contrae con variables indescifrables que le dan cuerpo a la historia, una que evocada por él, por más que lo intente, nunca vuelve a ser la misma.

Sobre el río cuenta que nació del vacío que dejó un árbol al caer, uno muy similar al Árbol de la Vida. El Árbol del Agua es como se conoce ese otro coloso. Su caída dejó un hueco tan profundo y largo que fue lentamente llenado por el agua. Pero el árbol no cayó solo, fue derribado por dos personas, el Zorro y el Zogui Zogui (una

especie de mico pequeño, de pelaje rojizo), quienes contaban con habilidades más desarrolladas que la otra gente y que les permitió echarlo a tierra para que los demás se alimentaran. El tronco, en su parte baja, justo donde toca la tierra, formó, ya caído, el delta del río, la conexión con el mar; allí mismo quedaron las raíces del gigante. Al otro extremo sus ramas y nervaduras, al golpear fuerte el suelo, crearon los afluentes que dieron forma a todo el territorio que hoy llamamos Amazonia.

Al hilvanar cada suceso sus relatos dejan ver su vasto conocimiento sobre las especies de la gran reserva verde, algo que maneja con la maestría del boticario, del curandero, la misma que lo mantuvo cerca de los inquietos expedicionarios, desde que fue señalado por su propia comunidad como la persona idónea para enseñarles los secretos de la madreselva. Desde entonces, muchos científicos han sido sus discípulos, incluso su principal protector y mentor el doctor Carlos Rodríguez, Coordinador de TBI, quien tuvo la perspicacia de inducirlo al dibujo como una forma de comunicación, a través de un ejercicio de denotación, en un acción de identificación de cientos de especies, una práctica científica que recuerda gestas del pasado. El tiempo y la dedicación ensimismada, que le permite su concepción del mundo, elevó su virtud al nivel del arte, lo que hoy le ha valido un sitio significativo dentro del circuito cultural internacional.

Recientemente, la reconocida fundación holandesa Prince Claus dio a conocer los ganadores de sus premios anuales. El premio principal será entregado por un representante de la Familia Real el próximo 10 de diciembre en la ciudad de Ámsterdam. El ganador, en un hecho sin precedentes, es Mogaje Guihu o Abel Rodríguez. Se trata de un importante ga-



Abel Rodríguez (Mogaje Guiihu). *Chagra de un año y medio*. 2013. Tinta sobre papel. 50 x 70 cm

lardón, creado en 1997 en homenaje al fallecido Príncipe Claus von Amsberg, de amplio enfoque progresivo y contemporáneo, con una noción de desarrollo plural y otorgado a sujetos u organizaciones que de una manera ejemplar estén dejando huella en la cultura de sus pueblos. Históricamente, los beneficiarios, entre los que se cuentan Indira Goswami, Gastón Acurio, Cildo Meireles, Carlos Monsiváis y los colombianos Rogelio Salmons, Patricia Ariza, Simón Vélez y Óscar Muñoz, proceden principalmente de Asia, África, América Latina y el Caribe.

Paradójicamente, Don Abel hoy no está más en la selva. Hace aproximadamente diez años fue desterrado, desplazado por la violencia que se repite una y otra vez en este país que desconoce la importancia de otras naciones más antiguas, de los

pueblos que existieron antes de llamarnos Colombia. En el sur de Bogotá, en una pequeña casa, ha recreado su hogar junto con su familia.

No hay duda de la virtud de este Gran Hombre que tiene sombra de árbol. La fortuna, que es el complemento, se encuentra en su convicción frente al hecho de que su pueblo, su gobierno y su riqueza está justo en su familia, en su comunidad y en la imagen siempre viva de su Amazonia, la que debe dibujar cada día para no olvidar.

Oscar Roldán-Alzate. Curador y politólogo. Jefe del Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de Antioquia. Una versión de este artículo fue publicada por la revista *Arcadia* (N.º 109. 21 de octubre al 19 de noviembre de 2014. Bogotá: Semana, pp. 20, 21).